

Nuestros lectores opinan

Balance de 2012 y desafíos para 2013

Luis Armando González

Se trata, por de pronto, de valorar 2012 sin desconectarlo de 2009, 2010 y 2011, pues desde mitad del primero de estos tres años se comenzaron a fraguar, casi insensiblemente, una serie de dinamismos que han desembocado en 2012 y que marcarán la realidad del país hasta 2014 y quizás un poco más allá de ese año. Asimismo, los dinamismos que han caracterizado al país entre 2009 y 2012 han estado insertos en un contexto más amplio que, por un lado, tiene que ver con los condicionamientos impuestos a la gestión gubernamental (iniciada en 2009) por la herencia de gestiones anteriores; y, por otro, por las implicaciones nacionales de la crisis económica internacional desatada en 2007-2008 y que se hizo sentir con toda su fuerza en El Salvador en 2009 y 2010.

El gobierno de Mauricio Funes no comenzó de cero, sino que se hizo cargo de un país en una grave crisis económica, cultural, ambiental y social. Un país que además, inserto como está en un esquema económico terciarizado, no fue ajeno al impacto de la crisis financiera mundial en sus sectores medios, estos, de pronto, comenzaron a ver cómo las comodidades alcanzadas en los años noventa se esfumaban ante la disminución de los ingresos familiares y la arremetida de un sistema financiero que ya no era tan amable como cuando otorgó créditos a manos llenas, sin reparar en las posibles dificultades de pago en un escenario que, hacia 2007, se vislumbraba como sumamente adverso para las familias salvadoreñas.

El desafío del nuevo gobierno era cómo elaborar una agenda de gestión que, con pocos recursos, se hiciera cargo de los problemas más urgentes, sin perder la mirada en el mediano y largo plazo.

De lo que se trataba era de unir lo estratégico con lo impostergable. Y lo impostergable era atender las demandas sociales de una población que, más allá de la crisis, había sido relegada de las políticas estatales, en virtud de una visión mercantilista y privatizadora que insistía en que los problemas sociales

son problemas individuales; es decir, problemas que cada cual debe resolver con sus propios recursos. Y si no puede, debe padecer los efectos de su incapacidad para sobrevivir en el mercado.

La opción por lo social, tomada por el actual gobierno una vez que estuvo claro su carácter estratégico, permitiría atender, como una irradiación suya, diferentes problemáticas sociales particulares, y abriría la puerta para, según los recursos disponibles, ir atendiendo gradualmente otras.

A la vez, la opción por lo social permitiría avanzar en un tema estratégico para El Salvador: recuperar el rol del Estado como dinamizador del desarrollo nacional, entendido de una manera integral. Es decir, hacer del Estado la instancia responsable del bienestar de la mayor parte de la población, a partir de una lógica incluyente, solidaria y regida por la búsqueda de justicia.

Ponerlo en unas líneas es fácil. Hacerlo es algo de lo más complicado en un país como el nuestro, en el cual las recetas neoliberales se quisieron llevar a sus últimas consecuencias.

En el marco de esas recetas, lo social se privatizó; y lo privado se convirtió en el sumo valor de la vida social, entendida como un intercambio de bienes y servicios entre consumidores, no entre ciudadanos.

La ofensiva privatizadora no sólo atacó las estructuras estatales, convirtiendo al Estado -a lo que quedó de él, después de las privatizaciones de algunos de sus activos- en un garante de los negocios privados, sino que generó una mentalidad privatizadora, consumista, competitiva y agresiva poco dada a la solidaridad con los más débiles, vistos en esa perspectiva como unos “perdedores”, “fracasados” y merecedores de su suerte.

El experimento iniciado en 2009 ha ido en contra de lo anterior. Como no hay manuales ni recetas que digan, infaliblemente, cómo hacer de lo social la prioridad de la gestión pública y cómo fortalecer un Estado debilitado por la ofensiva neoliberal y heredero de lastres autoritarios, desde 2009 se ensayaron las vías para avanzar en esta dirección. Esas vías, al principio confusas, se clarificaron en 2011 y en 2012 se volvieron mucho más claras, especialmente cuando algunas concreciones de ellas se hicieron evidentes.

Así pues, 2012, en sus aciertos y desaciertos, expresa lo que se ha podido avanzar en hacer de lo social la preocupación central de un Estado que, penosamente, ha comenzado a convertirse en uno de los protagonistas del desarrollo nacional.

El otro gran protagonista, el sector empresarial, no ha estado a la altura del nuevo escenario, sobre todo por la resistencia de algunos de sus actores a ver en el Estado a un interlocutor y no una instancia al servicio de sus intereses.

Y, por último, la sociedad civil -ahogada por el impacto privatizador que siguió al fin de la guerra civil— ha comenzado a hacerse presente con iniciativas y demandas que, aunque incómodas para algunos actores políticos, son un indicativo de la vitalidad de una sociedad que en el pasado fue presa del miedo ante el autoritarismo y en las décadas recientes fue desmovilizada por el consumismo inmediateista.

Hay razones, pues, para ser optimistas con lo que puede suceder en El Salvador en este 2013 que está por iniciar.

Desafíos para 2013

2012 terminó con una serie de dinámicas interesantes -potenciación del rol de Estado en el desarrollo nacional, posicionamiento de lo social como prioridad estatal, emergencia de la sociedad civil, clamor social por una real independencia judicial—que se ocultaron bajo el manto de temas más superficiales y/o coyunturales, pero que también hacen parte de la realidad nacional, como la preocupación por los niños y niñas quemados/lesionados con pólvora, las amenazas de empresarios del transporte público, el impacto social del reordenamiento capitalino o los preámbulos de la campaña electoral hacia 2014.

Estos temas, y otros, opacaron los asuntos de fondo, sobre todo debido a un intenso trabajo mediático que, por un lado, dio una amplia cobertura a las celebraciones de navidad y de fin de año (dando lugar a una parafernalia que, bordeando muchas veces lo cursi, cada vez se norteamericaniza más: a la pista de patinaje sobre hielo se añadió “nieve”); y por otro, no escatimó esfuerzos para dar publicidad a los peores augurios sobre el futuro de El Salvador y del mundo.

En este último apartado, los mayores y mejores aplausos se los llevan los canales que tuvieron como invitado estelar a un astrólogo -sí, un astrólogo— que no tuvo ningún reparo en vaticinar el desenlace de los más variados fenómenos. El astrólogo de marras dejó su campo de “especialidad” (la forma cómo los planetas y las estrellas influyen en la vida personal de cada cual) para hablar de política, guerras, terremotos y todo lo que sus entrevistadores deseaban consultarle, como si estuvieran ante un oráculo poseedor de los secretos de la naturaleza y la sociedad.

Para gente educada, se trató de algo risible, por la charlatanería e ignorancia que se ventilaban en cada uno de los tópicos tratados, y por la nula seriedad de la astrología como un saber riguroso, serio y fundamentado.

Pero el asunto es delicado si se piensa en los miles de personas que, sin una educación bien cimentada, se tomaron a pie juntillas las “verdades” del astrólogo. Esa manipulación -consciente o inconscientemente realizada- es algo grave, pues atenta contra la salud mental y el buen juicio de cualquier ciudadano no preparado para tomar con la distancia debida los disparates que le llegan desde los medios de comunicación (en los cuales se ha hecho habitual la presencia de magos, adivinos, personas de iglesia, astrólogos, etc., para que “analicen” problemas sociales, económicos, políticos y culturales).

Adicionalmente, las “verdades” reveladas por el astrólogo estuvieron teñidas no sólo de drama, sino de un conservadurismo que sólo los más cerrados no alcanzaron a ver. Lo que resultó de ello fue un ocultamiento de dinámicas que, aunque complejas, no apuntan a drama alguno y que anuncian cambios importantes en la realidad nacional.

Son esas dinámicas las que tienen que ser potenciadas en 2013. La más importante es la que está conduciendo al fortalecimiento del Estado como agente central del desarrollo nacional. Y la otra -ciertamente importante-: la que está permitiendo hacer de la sociedad el eje central de la gestión estatal. Estas dos dinámicas, de cimentarse estructuralmente, serán piezas esenciales para encarar los riesgos y la vulnerabilidad (pobreza, terremotos, sequías, inundaciones, inseguridad) que amenazan a la sociedad salvadoreña y que le impiden conquistar una convivencia armónica y en paz.

Un Estado fortalecido, que tiene como prioridad el bienestar social, no puede menos que ser un Estado en interlocución permanente, por un lado, con la sociedad civil; y por otro, con el sector empresarial.

Interlocución con la sociedad civil para atender sus demandas y profundizar la democracia; es decir, para estar a su servicio y atender sus urgencias en pro de una vida buena. Interlocución con el sector empresarial no como subordinado suyo, sino como una instancia que establece las reglas en las cuales el empresariado debe moverse en función de una visión amplia de país.

Todo lo anterior no puede hacerse sin una renuncia al conservadurismo (especialmente, al más recalcitrante) y a la resistencia al cambio. Tampoco puede hacerse sin una renuncia importante a la precipitación y al inmediatez que quieren que las grandes transformaciones del país se hagan ahora mismo.

Nunca mejor dicho aquello de que “todo tiene su tiempo”. Y en este 2013 que recién inicia no es ni tiempo de un conservadurismo que asfixia los necesarios cambios que deben darse en El Salvador ni tiempo de un “transformacionismo” cortoplacista que impide que los dinamismos de la realidad nacional maduren lo suficiente y den de sí lo que tiene que dar.

San Salvador, diciembre de 2012-enero de 2013

